

SOBRE ALCIDES ARGUEDAS

Pedro Lastra

El acontecimiento culminante de la novela *Raza de bronce*(1) es el estallido de una rebelión vindicativa de los comunarios por el asesinato de la joven pastora Wata-Wara, cometido por el patrón de la hacienda y sus amigos que intentaban violarla. La intensidad de esa situación narrativa, desencadenada por el acto que lleva a su término extremo un largo proceso de violencias anteriores, parece haber condicionado una lectura de la obra que, si no desvirtúa totalmente su sentido, por lo menos oculta otro aspecto significativo que está inscrito en el texto: el de una contradicción subyacente entre el propósito de denuncia de la injusticia padecida por el indio del altiplano y el alcance de los juicios y valoraciones formulados por el narrador con respecto al carácter de los personajes.

Estos aparecen en una oposición irreductible, que ordena en un polo a la comunidad indígena, calificada como el sector de los oprimidos, y en el otro, al grupo constituido por el terrateniente y sus servidores mestizos (el administrador y el cura, por ejemplo). La oposición así definida es por cierto central en la novela y su perpetuo enfrentamiento confiere al acontecer narrativo la tensión conflictiva que lo singulariza. Los motivos que se despliegan en el transcurso de ese acontecer recurren una y otra vez, con las variaciones que permiten extender el marco espacial y al mismo tiempo confirmar —en la prueba que significan implícitamente las repeticiones— la tesis que subtiende el relato y que intenta explicar la realidad social, humana y natural que es su referente. La explicación en

1. Una primera versión de la novela fue publicada en La Paz en 1904, con el título de *Wata-Wara*. Arguedas la consideraba como "bosquejo" de *Raza de bronce*, cuya redacción definitiva apareció en 1919, también en La Paz. Sobre el proceso de esta reescritura, véase *La danza de las sombras*, en Alcides Arguedas, *Obras completas*. Preparación, prólogo y notas por Luis Alberto Sánchez. Tomo I. Novelas, Sociología, Memorias, Obras varias. Madrid-México-B. Aires, Aguilar, 1959, p. 636. El tomo II contiene la *Historia de Bolivia*. Mis citas de *Raza de bronce*, *Pueblo enfermo* y *La danza de las sombras* proceden de esta edición, según las siguientes abreviaturas: *RB*, *PE*, *DS*, seguidas de *O.C.*

este caso (como en muchos otros de la literatura del período) se funda en los principios del positivismo, sobre todo en la validez atribuida a las proposiciones deterministas de Taine y, más cercanamente, en las ideas sobre la realidad americana expuestas por Carlos Octavio Bunge en *Nuestra América* (1903), libro que Alcides Arguedas sigue con admirativa aplicación en su corrosivo ensayo *Pueblo enfermo* (1909), y que se convierte desde entonces en uno de los sustentos ideológicos de toda su obra futura.

La relación entre los textos que constituyen esa obra —ensayo, historia, novela, memorias— es de tal manera estrecha, que se presenta como un caso notable de intertextualidad refleja(2), en el sentido de la autofundamentación interna y de los comentarios o ilustraciones que van de uno a otro. Por lo demás, es natural que así ocurra, si se atiende a la obra de un autor como al *corpus* unitario que finalmente conforma y en el que se descubre a menudo que la empresa total ha sido el tratamiento de unos pocos temas con variaciones, y a veces de uno solo. El tema de Alcides Arguedas fue la averiguación de su realidad nacional, y el tono con que expuso los resultados de su trabajo estuvo siempre teñido por el escepticismo y el rechazo. No por nada destaca en su ensayo, certificándola a través de sus observaciones pesimistas, “la triste profecía de Bolívar”: “La América es ingobernable; los que han servido a la revolución han arado en el mar”(3). Es un tono en el que parecen resonar los ecos del desencantado leitmotiv de Felipe Huámán Poma de Ayala: “¡Y no hay remedio!”

No llevan razón entonces quienes ven en la obra de Arguedas una solución de continuidad entre las formulaciones del ensayista y las del novelista. Un ejemplo extremo de esta inexactitud es el de Luis Alberto Sánchez en el prólogo a las *Obras completas*, preparadas y anotadas por él para la Editorial Aguilar. Al referirse a *Raza de bronce* escribe que:

Contra toda su obra, aquí Arguedas reivindica al indio, a tal punto que una nota epilodal, fechada en 1945, confiesa la esperanza del autor en que su obra no ha sido inútil, pues en ese momento se reunía un Congreso Indigenista en La Paz. (. . .) Me atrevo a pensar que en *Raza de bronce* estubo el verdadero camino de Arguedas; la sociología era para él demasiado subjetiva y moralizante; la historia, demasiado dura y nada atractiva. Excepción en su carrera, *Raza de bronce* cubre, sintomáticamente, un muy largo período de la vida y la obra de su autor (. . .)(4).

El error de la lectura de Sánchez se hace aún más evidente cuando se revisan

2. Para la noción de *intertextualidad refleja* como confluencia de textos pertenecientes al *corpus* de un autor, cf. mi artículo “Relectura de *Los raros*”, en *Texto Crítico*. Xalapa, Veracruz, México, año V, Núm. 12, enero a marzo de 1979, pp. 222-224. Lucien Dallenbach designa esta práctica como “intertextualidad restringida” (“Intertexte et autotexte”. *Poétique*. París, 27, 1976, pp. 282-296).

3. Cf. *PE*, X, *O.C.*, p. 537.

4. *O.C.*, p. 17. También disiento de otra observación del prologuista en este párrafo, porque pienso que lo más memorable de la obra de Arguedas es, precisamente, un trabajo histórico: *Los caudillos bárbaros*.

sus notas introductorias a los otros libros en el mismo volumen. En la que dedica al memorialista señala que la teoría política de Arguedas parte

de un recalcitrante racismo blanquista, de un cerrado y pertinaz antimesticismo, de un singularísimo desdén al indio y de una amarga reiteración pesimista sobre todos y cada uno de los personajes de Bolivia(5).

En efecto, así es; pero yo disiento de su certidumbre diferenciadora, porque las notas referidas a *La danza de las sombras* no son en absoluto ajenas a *Raza de bronce*. Ocurre que en la novela esas notas se manifiestan de una manera menos obvia, porque las disimulan las tensiones del acontecimiento y las proliferaciones descriptivas; pero cuando ellas se advierten en las valoraciones que siempre contiene el discurso del narrador, entonces se hace patente el conflicto vivido y no resuelto por el escritor —cuya honestidad y fervor no se discuten aquí— entre una voluntad regeneracionista consciente y una ideología profunda que inevitablemente la contradecía.

En este punto parece oportuno considerar el concepto que Alcides Arguedas tuvo de la literatura y la función que le atribuyó. Sus opiniones en relación con estos aspectos del trabajo intelectual se ordenan en dos dimensiones: una, de valor general, es aplicable al conjunto de su tarea y define la especificidad de su temática; la otra, que surge de esos mismos principios, atiende a la repercusión social, y hasta política, de *Raza de bronce*.

En el libro primero de sus memorias, titulado escépticamente “La faena estéril”, Arguedas reproduce una conferencia de expreso carácter confesional y de título no menos escéptico —“La historia de mis libros o el fracaso de un escritor”— dictada en la Universidad en 1922 para el grupo “Ariel” y la Federación de Estudiantes. El texto interesa por muchas razones; entre otras, porque el autor declara allí las motivaciones de su trabajo y el sentido de una elección realizada cuando aún prevalecía la norma literaria impuesta por el modernismo:

A mí se me ocurrió ser escritor porque era aficionado a las lecturas fáciles de novelas simples y porque encontraba que los hombres de pluma de mi país, es decir, los periodistas, tenían una predilección muy marcada por inspirarse en temas exóticos, en asuntos lejanos y descuidaban abrir los ojos a la realidad de su medio, pues cuando lo hacían tratando de reproducir el paisaje o retratar las costumbres nos daban una impresión falsa y, más todavía, cuando ensayaban explicar las particularidades de nuestro carácter. . .

Y más adelante, en el mismo texto:

(. . .) en lugar de las walkyrias de cabelleras blondas o de las diosas de la mitología griega, yo evocé la áspera greña de nuestras indias hurafias y fuertes; en vez de los líricos ruiseñores, seguí el vuelo de los cóndores;

5. O.C., p. (621).

en lugar del vino bohemio de las rondas peninsulares o del *quartier*, abre- vé el agua sacudida de nuestros torrentes. . .(6)

Se trata, pues, de la opción asumida por el narrador; pero es la misma, y evi- dentemente inseparable, de la que asume el ensayista cuando comprende el fracaso de su propósito de sacudir el ambiente y resuelve, dice,

obrar directamente sobre la conciencia pública escribiendo un libro de observación directa, lleno de datos recogidos de diversas fuentes y que, bajo una idea central, estudiase nuestros problemas poniendo a las cla- ras las deficiencias de nuestro medio y educación(7).

En un pasaje del capítulo XII de *Pueblo enfermo* se encuentran también al- gunas anotaciones parecidas, que insisten en el designio realista fundado en la verdad de la representación del medio, de las costumbres y de los asuntos. Re- chaza toda imitación de modelos extraños y propone no sólo *crear*, sino *copiar*, pues el error de los poetas y demás escritores

consiste en dejar a la Naturaleza intacta, virgen, y sólo fijarse y escudri- ñar el fondo de sus sentimientos para presentarlos con vigor, aunque desprovistos de espontaneidad. Y así —insisto— no se hace arte ni se en- gendra una literatura. Su deber es desentrañar la psicología del grupo. La mejor obra literaria será, por lo tanto, aquella que mejor ahonde el análisis del alma nacional y la presente en observación intensa, con to- das sus múltiples variaciones(8).

No es difícil reconocer en estas palabras la deuda con numerosos programas de la tradición nacionalista hispanoamericana, desde el romanticismo. Algunos rasgos particulares las sitúan, sin embargo, en su propio momento y resumen, en una aproximación ligera pero bastante fiel, el ideario común del mundonovismo: la insistencia en la observación directa, el estudio de la psicología del grupo, el deseo de obrar sobre la conciencia pública.

Establecidas esas líneas generales de su sistema de preferencias, algo así co- mo el andamiaje ideológico de todo su quehacer, interesará reseñar su concreción en la obra novelística mayor que es *Raza de bronce*, según como la entendía el propio autor. A menudo se refirió a ella, en sus memorias y en el ensayo, y sin duda porque la veía como la realización más cabal de sus intenciones. Así es co- mo se puede seguir ese proceso de autorreferencias desde la génesis de la obra, cuya primera versión es de 1904. En la conferencia de 1922 mencionó su fuente:

(. . .) en las veladas del valle le había oído referir a mi padre la crueldad

6. *DS, O.C.*, pp. 631 y 681. El texto de la conferencia mencionada aparece en el li- bro considerablemente ampliado.

7. *DS, O.C.*, p. 637.

8. *PE, O.C.*, p. 596.

con que los indios costeros castigaron y vengaron las tropelías de unos patronos sin entrañas(9).

En 1937, en un fragmento agregado a la tercera edición de *Pueblo enfermo*, el comentario es más explícito y constituye un primer recuento valorativo. Aunque sin renunciar al desengaño, Arguedas registra allí ciertas repercusiones positivas que tuvo la novela: Originó, dice,

un fuerte movimiento de protección hacia la desgraciada raza. (. . .) Hizo el libro su trabajo lento, pero firme; inspiró temas, produjo oscuras reacciones, envidias, inquinas y también sordas protestas, pero nada pudo detener la acción de su fuerte garra sobre la conciencia.

(. . .)

Las sociedades de protección, laicas y religiosas, comenzaron a mostrarse preocupadas con el gran tema racial. (. . .) y por algún tiempo, de 1923 a 1926, fue un revuelo de proyectos, leyes, artículos de periódico, conferencias y todo cuanto cabe en materia de publicidad y propaganda; pero luego vino el cansancio, inevitable y fatal, el obligado cansancio, y de la cruzada se salió apenas con unas cuantas sociedades *Pro-Indio* y una ley dictada en 1932 prohibiendo alquilar *pongo con taquia* (10).

Y en 1945, ya sin reservas, reconoció en la nota final a la tercera edición de *Raza de bronce* que su voz había sido escuchada: gracias a su obra la injusticia denunciada pertenecía al pasado:

Los cuadros y las escenas aquí descriptos, tomados todos de la verídica realidad de ayer, difícilmente podrían producirse hoy día, salvo en detalles de pequeña importancia. Y es justo decirlo(11).

Son afirmaciones tal vez inobjetables, y de un testigo de veras calificado. Ellas confirman plenamente que el escritor leía su novela como un alegato a favor de los indios. Mis observaciones no ponen en cuestión tal lectura por muchas y obvias razones, que van desde la realidad de los hechos sociales hasta la integridad moral del escritor. Además, ¿no ha sido y suele ser ésa una lectura frecuente de *Raza de bronce*?(12). Sólo intento mostrar que el narrador ficticio que habla, juzga y valoriza ese mundo no lo ve con el mismo humanitarismo redentor que

9. *DS, O.C.*, p. 634.

10. *PE, O.C.*, pp. 432-433. En otro párrafo señala que en la novela "se pinta la esclavitud absurda del indio, su vida de dolor, de miseria y de injusticia bárbara", p. 433.

11. *RB, "Nota", O.C.*, p. 387.

12. Una muestra de esas lecturas: "Es una de las primeras novelas contemporáneas que elevan la Naturaleza a la categoría de personaje central, y es, ciertamente, la que abre el camino para el valioso grupo de los indigenistas. Está llena del dolor y de la miseria del indio, pero sin sordidez ni desesperación. Relata con objetividad y equilibrio, sin perder ni el sentido de la armonía ni la emoción de la belleza espontánea que irradia de los seres y del paisaje". Arturo Uslar-Pietri, *Breve historia de la novela hispanoamericana*. Caracas-Madrid, Ediciones Edime (1954), p. 98.

suponen el autor y varios de sus críticos en sus respectivas lecturas. La intención humanitaria se revela así como un voluntarismo encomiable, pero *a posteriori*, que opera y se sobrepone a la obra desde un plano exterior ajeno a ella; en el interior mismo del texto esa intención se disuelve a menudo, y hasta es arrasada, por obra del prejuicio que gobierna la palabra del narrador y que orienta una mirada implacable, obstinada en sorprender en la conducta personal y social de los indios las manifestaciones deplorables de un carácter moldeado por el aspecto físico de la llanura, el género de ocupaciones y su monotonía, unidos "a la sequedad momiesca del alma india". Ese carácter y esa conducta que en el capítulo II de *Pueblo enfermo* se describen con estas notas:

(. . .) tiene la dureza y la aridez del yermo. También sus contrastes, porque es duro, rencoroso, egoísta, cruel, vengativo y desconfiado, cuando odia. Sumiso y afectuoso, cuando ama. Le falta voluntad, persistencia de ánimo y siente profundo aborrecimiento por todo lo que se le diferencia.

Su vida es parca y dura, hasta lo increíble. No sabe ni de la comodidad ni del reposo. No gusta placeres, ignora lujos. Para él ser dueño de una ropa llena de bordados con la que pueda presentarse en la fiesta del pueblo o de la parroquia y embriagarse lo mejor que le sea permitido y el mayor tiempo posible, es el colmo de la dicha. Una fiesta le parecerá tanto más lucida cuanto más días se prolongue. Bailar, beber, es su sola satisfacción; no conoce otras. Es animal expansivo con los de su especie; fuera de su centro, manteniéndose reservado y hosco. En su casa huelga la miseria absoluta, el abandono completo. En la casa del indio no hay nada sino suciedad. . .

Y a las que se suman, dos páginas más adelante, estas otras:

Receloso y desconfiado, feroz por atavismo, cruel, parco, miserable, rapiñesco, de nada llega a apasionarse de veras. Todo lo que personalmente no le atañe lo mira con la pasividad sumisa del bruto, y vive sin entusiasmos, sin anhelos, en quietismo netamente animal. Cuando se siente muy abrumado o se atacan sus mezquinos intereses, entonces protesta, se irrita y lucha con extraordinaria energía(13).

Cito estos párrafos de *Pueblo enfermo*, así como podría citar muchos más, porque la palabra del narrador en *Raza de bronce* atrae insistentemente esas y otras notaciones para calificar a los personajes, los ritos y las costumbres de la comunidad: Una mirada y una palabra que registran sin tregua la degradación de lo humano y que tienen su único reposo cuando se remiten a la majestad del paisaje en las alturas o en el valle. Entonces, la acrimonia y la repugnancia dejan su lugar a la exaltación expresiva, en la que menudean los recursos de cierto lirismo

13. *PE*, II, ii, *O.C.*, pp. 416 y 418. En la primera edición (Barcelona, Vda. de Luis Tasso-Editor, 1909), algunas de esas notas eran aún más severas, porque no se mencionaba el contraste que humaniza un poco el carácter así descrito. Aparecía también un juicio terminante después de la frase ". . . y siente profundo aborrecimiento por todo lo que se le diferencia. *De ahí su odio al blanco*". Cf. Primera edición, p. 40. (El subrayado es mío).

algo artificioso del tipo “la transparente linfa del lago”, “el ardiente caudal de la encendida linfa”, “. . . las sierras calvas, bañadas a esa hora de rosa y azul”(14).

Pero el ensayo —en el espacio reflexivo y verificable que le es propio— no sólo define el carácter de los personajes indios y mestizos cuyas conductas en el otro espacio —en el de la ficción— vienen a confirmar aquellas sombrías observaciones. También provee la materia real del acontecimiento, fundando así fuertemente su rango de verosimilitud. Baste señalar que algunos de los motivos o situaciones relevantes de la novela están como condensados en los comentarios e ilustraciones sobre sucesos frecuentes en el altiplano y en las yungas. Por ejemplo: el obligado viaje al valle que los indios deben hacer para “transportar las cosechas, por cuenta y a riesgo suyo, desde la finca a la morada urbana del patrón” (*Pueblo enfermo*, II, ii, pp. 424 y ss.), y en el curso del cual afrontan múltiples amenazas naturales (que a su vez se describen en el capítulo I, iii, p. 408), resume el vasto motivo del viaje con que se inicia la novela, y en cuyo despliegue se muestra el conflicto de los personajes con el ambiente —la oposición de lo conocido y lo desconocido— y los que surgen en el trato de unos hombres con otros. Las rebeliones indígenas a que se refiere Arguedas en otras páginas de *Pueblo enfermo* (II, ii, 420-421) tienen sitio privilegiado en la novela: una de sus concreciones establece el clímax final; otra anterior, frustrada, ha tenido consecuencias que los personajes no olvidan. Las crisis agrícolas provocadas por la sequía desde 1898 a 1905 (*Pueblo enfermo*, II, ii, p. 419) constituyen otro elemento que procura una instancia de realismo en la novela y permite al narrador incorporar en el relato las escenas ceremoniales de los ritos de fecundación propios de la comunidad.

Las notas de correspondencia en el plano del asunto son muchas y no hace falta abundar en su registro: se pueden rastrear aquí y allá en la lectura del ensayo. Más reveladora es la otra cercanía: la que existe entre el discurso del ideólogo y el del narrador en la novela. El de este último delata una perspectiva muy semejante a la del primero, en cuanto se singulariza también por la frecuencia con que recurre al adjetivo, a las determinaciones adverbiales y a otras menciones depreciadoras en las numerosas oportunidades en que no narra ni describe sino que valora o enjuicia. Entonces se reconoce en la voz del narrador de *Raza de bronce* al autor de *Pueblo enfermo* y la presunta dicotomía desaparece, porque ni uno ni otro reivindicar verdaderamente al indio. Denuncian, sí —qué duda cabe— las aberraciones del sistema de explotación y de dominio —el terrateniente, el administrador, el cura, son brutales con su víctima—, y la actitud es crítica *contra el sistema* en la medida en que éste puede ser perfeccionado; es condenatoria, en cambio, cuando se trata de las costumbres y creencias o de las manifestaciones de la conducta individual, que entonces son juzgadas y representadas como aberraciones, a menudo abominables, que provienen de un atavismo perverso y que, por lo tanto, ya no son imputables al sistema. Curioso regeneracionismo, que ve las posibilidades de salvación de la realidad en el perfeccionamiento de unas relaciones de dominio, al paso que condena al sector humano que de todas maneras tiene que padecerlas. Y esto es aún más sorprendente, porque hay dos momentos

14. *RB, O.C.*, pp. 219 y 250.

en la novela, por lo menos, en los cuales se insinúa que esa degradación actual es el efecto más grave de la crueldad del sistema. El primero es un juicio directo del narrador:

(Los patrones) creíanse, en relación con los indios, seres infinitamente superiores, de esencia distinta, y esto ingenuamente, por atavismo. Nunca se dieron el trabajo de meditar si el indio podía zafarse de su condición de esclavo, instruirse, educarse, sobresalir. Le habían visto desde el regazo materno miserable, humilde, solapado, pequeño, y creían que era ése su estado natural, que de él no podía ni debía emanciparse sin trastornar el orden de los factores y que debían morir así. Lo contrario se les imaginaba absurdo, inexplicable (. . .)

El otro es un diálogo en el que interviene el poeta Alejandro Suárez, amigo del terrateniente Pantoja. Este poeta, inculto y "saturado hasta los tuétanos de ciertas lecturas modernistas" según el narrador, habla a favor de los indios y justifica la desconfianza de éstos

Porque el blanco, desde hace más de cuatrocientos años, no ha hecho otra cosa que vivir del indio, explotándolo, robándole, agotando en su servicio su sangre y su sudor(15).

Pero las excepciones a la norma depreciadora del narrador son escasas en la novela; sólo la conducta del anciano Choquehuanka escapa a la continua valoración negativa, aunque no sus creencias y dictados rituales, que más de una vez son objeto de mofa. En lo demás, la condición de los indios es siempre calificada de manera que lo propuesto como positivo es en seguida rebajado o denegado por otro término complementario. A la actitud humilde se agrega "y servil"; la respuesta a la hospitalidad es sistemáticamente la rapiña: estos indios siempre roban a quienes los favorecen, indios como ellos, y como ellos también indolentes en el cuidado de sus pequeños bienes: "La huerta (. . .) ofrecía aspecto de abandono e indolente descuido" (p. 259). La muerte de Manuno, arrastrado por las aguas del río, hace llorar a sus compañeros, pero "no tanto al muerto como al caudal que con él se perdiera"; la búsqueda del cadáver se define como "piadosa e interesada tarea"; están "entontecidos de dolor, no tanto por el compañero como por el dinero perdido" (todo lo cual puede leerse hasta aquí como manifestación de temor al castigo por venir, puesto que el patrón los culpará por la pérdida). Pero al encontrar el cuerpo de Manuno, "La única preocupación de los do-

15. *RB, O.C.*, pp. 324 y 350. Ambigüedades del novelista, pero palmarias también en otros pasajes de la obra de Alcides Arguedas: En la tercera edición de *PE* (1937) hay un fragmento agregado que dice: "La gran revelación de lo que es el indio como elemento asimilable y de lo que puede dar de sí cuando se le pide un esfuerzo organizado se ha operado en estos días y en las sombrías regiones del Chaco, donde el indio supo luchar y morir por una patria que desconoce y que nunca hizo nada por él. . . (. . .) Y fue el indio, el pobre indio, el paria, el explotado, el que nunca pide nada para sí quien soportó, hasta el último, casi todo el peso de la campaña. . ." *O.C.*, p. 434.

Y ese mismo año, en su "Primera carta al Presidente, Coronel Germán Busch" (de agosto 20), escribe, contradiciéndose: "Y ya la desgraciada experiencia nos ha mostrado que el indio, no teniendo cabal concepto de lo que se le exige, es un pésimo soldado cuando se le aparta del medio en que vive y se ha formado". *O.C.*, p. 1179.

lientes fue ver si aún llevaba el roto de dinero". Y el capítulo se cierra con otra intervención del narrador, que revela convicciones muy arraigadas acerca del egoísmo y la insensibilidad de la raza:

(. . .) partieron casi tranquilos y con el corazón más ligero, pues habían dado con el caudal, lo máspreciado para ellos, y ninguno sufrió quebranto de fortuna yendo todo el daño a la cuenta del difunto. . .(16).

Más adelante, la noticia de esta desgracia provoca en Wata-Wara una exclamación de dolor "— ¡Pobrecito!", reducida de inmediato por la determinación que sigue: "dijo la joven con indiferencia (. . .)". La esposa de un terrateniente del valle, por el contrario, exhibe hasta en su físico los valores de que carecen los indios: "(. . .) esbelta, pálida, de ojos infinitamente tristes y piadosamente dulces (. . .)"(17)

La ceremonia del *chaula-katu*, destinada a obtener la gracia de las divinidades lacustres y a favorecer la fecundación de los peces, alejando así la amenaza del hambre, está descrita con los detalles pintorescos y animados del caso; pero toda esa fe y ese candor primitivos se resuelven negativamente cuando un narrador distanciado y sarcástico resume el término del acto:

Cada especie recibió el estupendo encargo y su ración de coca y alcohol, mientras batía el tambor y se desgañitaba el flautista; mas no bien se retiraron los pescadores rumbo a sus moradas, que *mijis, keullas*, patos y *macamacas* revoloteaban lanzando agudos chillidos alrededor de los pobres peces ebrios y lastimados, y se abatían, con ruido de picos y alas sobadas, a devorar los pescados que llevaban la misión de reproducirse para aplacar el hambre de los "pobrecitos hombres". . .(18)

El relato rememorativo de una sublevación anterior —calificada por el narrador como "fechoría"—, un fracaso de consecuencias desastrosas, genera en los indios un terror extremado ante la represalia ejecutada por los gendarmes enviados desde La Paz. Ese terror no puede sino ser auténtico, pero el narrador describe así la llegada de los indios al lugar del castigo:

Entraban al solar (. . .) temblando como bestias enfermas, con los ojos fugitivos, y poniéndose de rodillas besaban la mano del patrón con rendida humildad y ciega hipocresía(19).

En el episodio de la muerte y el funeral de Quilco, las notas derivan hacia lo grotesco —con todo lo que éste implica como modalidad valorativa—, delatando la repugnancia con que el narrador contempla esas escenas:

16. *RB, O.C.*, pp. 241, 243, 244 y 245.

17. *RB, O.C.*, pp. 279 y 262.

18. *RB, O.C.*, p. 287.

19. *RB, O.C.*, p. 290.

(. . .) las mujeres lanzaron un tremendo alarido, que provocó en los perros del caserío un aullido lastimero y prolongado. Y primero al trote, a carrera después, emprendió camino del cementerio la negra y ebria comitiva (. . .) Y corrió en carrera fantástica por el camino árido y largo, ofreciendo pavoroso espectáculo, pues la cabeza y los pies del muerto sobresalían de las parihuelas, y con el trote de los portadores balanceaban rígidos los pies y pendía la descoyuntada cabeza mirando de frente al sol.

Hicieron dos descansos forzosos para vaciar colmadas copas de aguardiente y remudarse los portadores.

Y luego:

Volvían en grupos dispersos y todos estaban abominablemente ebrios. (. . . las mujeres aullaban detrás de sus mantillas (. . .)(20)

A la fiesta del alferazgo —otra figuración grotesca— los bailarines llegan “vozrazmente hambrientos, rabiosamente anhelosos de agotar fuentes, cascadas y mares de *chicha* y aguardiente” y todo termina en “abominable embriaguez”. Unas líneas más adelante el narrador repite esa fórmula con respecto a las mujeres: “(. . .) abominables de abandono y de embriaguez”(21).

Estos personajes rara vez comen o beben: lo que generalmente hacen es *engullir* o *devorar*, y si el narrador opta por el verbo comer, el adverbio *vozrazmente* pone el acto en su sitio. La elección no es inocente, desde luego, y hace sistema con otras menciones que comprueban, desde la narración, la “manifiesta inferioridad” del “indio aymará, salvaje y hurraño como bestia de bosque” (estas expresiones pertenecen al libro II de *Pueblo enfermo*, pp. 420, 414), porque de la misma manera, y como ya se advierte en las citas anteriores, suelen expresar sus estados de ánimo mediante alaridos (pp. 271, 303, 317), gruñidos (p. 288) y aullidos (p. 304). O se arrastran, “humildes, sumisos, cual canes doloridos bajo la tralla” (p. 341), “cual perros” (p. 341), —esto último cuando el señor de la hacienda ordena alejarlos de su presencia a latigazos.

Raza de bronce se desarrolla según un diseño clásico de la novela social de la época, que de pronto invierte o atenúa sus notaciones y se resuelve, en otro plano, como no oposición: El mundo blanco/mestizo es abominable por su prepotencia, su arrogancia y su crueldad; pero el mundo indio lo es por sus taras originarias, su degradación y su miseria moral. Puedo conjeturar que Alcides Arguedas respondería tal vez a esta observación diciendo que ésa fue la *realidad de verdad* vista por él, y las limitaciones de mi conocimiento me impedirían discutir esa réplica. Pero me atrevería a adelantar que si esto era así, la realidad estaba condenada y el acto de escribirla era ciertamente inútil. ¿Sería ésa la convicción

20. *RB, O.C.*, pp. 303-304. Véanse también las páginas anteriores y la siguiente.

21. *RB, O.C.*, pp. 340, 342. Con notaciones degradadoras se relata igualmente la historia de Malicu, el idiota (pp. 251 y ss.), y se describen la habitación del *hilacata* Tokorcunki (p. 288) y el casamiento de Wata-Wara y Agiali (pp. 319-321).

profunda del autor al titular su conferencia de 1922 como "el fracaso de un escritor"(22)

En todo caso, esa inversión y las contradicciones que he querido ilustrar en mi comentario nos plantean un problema: el de las correcciones que acaso deban hacerse al concepto de indigenismo, la precisión, determinaciones o matices que exige sin duda su empleo. Hasta ahora se ha aplicado a obras no poco diversas, que se vinculan por la naturaleza del asunto pero que difieren en la configuración y hasta en la intencionalidad. Si en la corriente literaria designada con este nombre genérico se incluyen libros como *Aves sin nido* (1889), *Raza de bronce* (1919), *Huasipungo* (1934), *El mundo es ancho y ajeno* (1941), *Yawar Fiesta* (1941), este último con expresa protesta del autor(23), ¿no estaremos más bien ante la presencia de varios *indigenismos*?

State University of New York at Stony Brook

22. Sobre "la condena racial de Hispanoamérica" en la ensayística del mundonovismo, véanse las páginas iniciales del excelente trabajo de Jaime A. Giordano, "Notas sobre Vasconcelos y el ensayo hispanoamericano", en *Hispanic Review*. Univ. of Pennsylvania, Philadelphia, Vol. 41, Núm. 3, Summer 1973, pp. 541-554.

23. Cf. José María Arguedas, "La novela y el problema de la expresión literaria en el Perú". *Mar del sur*. Lima, Perú, Año II, Vol. III, Núm. 9, enero-febrero de 1950, pp. 66-72. Una versión revisada y corregida por el autor aparece como prólogo a la edición chilena de *Yawar Fiesta* (Santiago de Chile, Editorial Universitaria, 1968. Segunda edición, 1973. Colección *Letras de América*, 13). Dice J. M. Arguedas al comienzo de ese artículo: "De este nombre (indio) se han derivado otros que han encontrado una difusa aplicación en el arte, en la literatura y la ciencia: indigenista, indianista, india.

Se habla así de novela indigenista; y se ha dicho de mis novelas *Agua* y *Yawar Fiesta* que son indigenistas o indias. Y no es cierto. Se trata de novelas en las cuales el Perú andino aparece con todos sus elementos, en su inquietante y confusa realidad humana, de la cual el indio es tan sólo uno de los muchos y distintos personajes".